

Deja que nieve

Un relato de *Las reglas del juego*



Nisa Arce

1. [Créditos](#)
2. [Nota de la autora](#)
3. [Deja que nieve](#)
4. [La historia continúa en Infinito](#)
5. [Sobre la autora](#)

Créditos

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

© 2019, *Deja que nieve (un relato de Las reglas del juego)*

© 2019, Nisa Arce, de la presente edición

© 2019, Beta-reader: Nayra Ginory

© 2019, diseño de portada: Nisa Arce, basado en los diseños de Lucía Arca para *Las reglas del juego e Infinito*

<http://www.lucaarca.portfoliobox.net/>

Has adquirido una obra publicada mediante autoedición. Gracias por apoyar el trabajo de los autores independientes.

<http://www.Nisa-Arce.net>

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

Nota de la autora

Este relato se sitúa seis meses después del final de *Las reglas del juego*, es decir, en la primera Navidad tras el final del libro tres. Por lo tanto, es imprescindible haber leído previamente la trilogía para su total comprensión.

Deja que nieve

—¿Entonces es cierto que te vas a Londres a follar?

—Joder, Joan... —replicó Dani mientras terminaba de secarse.

—Es que nos lo pones a huevo, macho —se mofó Sergio, cuya taquilla se encontraba junto a las de ellos—. ¿Para qué negar la evidencia?

—Me voy a Londres a pasar las fiestas —puntualizó el capitán del Juventud.

—Mejor di que te nos has acoplado. Y ya de paso, pues aprovechas... —añadió su oficialmente cuñado.

—¿No será que a Tina y a ti os hace falta otro canguro? —observó Joan.

—Ni de coña —no tardó en saltar Dani, quien mirando a los ojos de su compañero de posición, agregó—: Sabes que le tengo mucho cariño a tu hija, pero...

—Ya, ya lo sé. Llevas casi un mes sin ver al *argento* y como que no te hace ilusión tener a Marina pegada a vosotros todo el santo día. —Sergio le dio una sonora palmada en la espalda—. *Tranqui*, chaval, que os daremos espacio.

—Eso díselo a Mateo —rezongó Dani por lo bajo, sabedor de que este sentía total y absoluta devoción por su sobrina.

Mientras Sergio se dedicaba a consultar mensajes en el móvil, Joan se acercó un poco más a él para decirle:

—Tú pásalo bien y olvídate del mundo.

—Doy por hecho que la prensa no nos va a dejar en paz, pero bueno, con encerrarme entre cuatro paredes tengo.

—Pero qué angustias que eres, *collons*.

Tras echarse su bolsa de deporte al hombro, Joan procedió a despedirse. Por lo intrincado del calendario aquella temporada, el entrenamiento que acababa de concluir había tenido lugar a primera hora del 24 de diciembre, una fecha que había obligado a más de un componente de la plantilla a hacer malabares para poder pasar la Nochebuena con sus seres queridos. A cambio, Stuard les había recompensado con dos días extra de vacaciones por haberse coronado campeones de invierno.

—Caballeros, yo me marcho ya. No quiero llegar tarde a Terrassa.

—Tú y tu manía de ir conduciendo —le recriminó Dani.

—Es mi momento de libertad. Yo, el volante y Muse sonando a toda pastilla, qué más se puede pedir... ¿Te veré por tu cumpleaños?

—Sí, regreso el 30 por la tarde.

—Te llamaré entonces. Dadle recuerdos al rubiales de mi parte.

—Dados serán —dijo Sergio. Este, perspicaz, no pudo morderse la lengua y soltó, mientras veía cómo el delantero catalán se dirigía hacia la salida del vestuario—: ¿Seguro que te vas por carretera, o es que tienes prisa porque quieres ver a cierta «es solo una amiga» antes de pillar el puente aéreo?

Como toda respuesta, Joan le hizo una peineta elevando bien el dedo medio por encima de su cabeza y cerró la puerta. El gesto hizo que Sergio se vanagloriase, pues daba por hecho que con ello le había confirmado sus sospechas:

—¿Qué te apuestas a que acaba liado con la tal Sonia? A ver si el muy cabrito nos la presenta, la vi de lejos el otro día y me pareció que estaba buena de cojones...

Dani, tras terminar de vestirse, se sentó en el banco para atarse los zapatos.

—Ya lo hará si lo considera oportuno —replicó, sin querer entrar demasiado en el tema. Que Joan pareciese haber pasado página definitivamente en lo sentimental le alegraba, si bien no podía evitar sentir cierta inquietud. Cambiando de asunto, fue al grano—: Yo ya estoy, así que cuando quieras.

—Tina dice que aún no ha acabado de hacer las maletas... —resopló Sergio—. En fin, andando.

Dani le siguió hasta el *parking* de la ciudad deportiva. Él sí que tenía preparado el equipaje, si bien lo único realmente importante que se llevaba hasta Inglaterra apenas abultaba. Más le valía armarse de paciencia y centrarse en disfrutar de los atípicos días que le esperaban en atípica familia. Y es que aunque le daba pena no celebrarlo con sus padres y hermano como era tradición, habían sido estos mismos los que le habían alentado a que no se lo pensara por más.

Así que sacó del coche su maleta, la metió en el portabultos del de Sergio y, tras ocupar el asiento del copiloto, pusieron rumbo al domicilio de la pareja. En el que antaño fuese el ático de Mateo reinaba el caos.

—Aaaaaaniiii —lo recibió con entusiasmo la niña.

—Y a papá que le den. Con perdón —añadió Sergio con una sonrisa mirando hacia su mujer, quien le tenía prohibido que soltara tacos en presencia de Marina.

—Yo me quedo con ella para que podáis terminar —le dijo el capitán del Juventud a Valentina.

—Gracias, no sabés lo complicado que es empacar con la nena —replicó la exmodelo después de darse ambos un beso en la mejilla—. ¿Vos tenés las llaves de lo de Mati? No encuentro las mías.

—Sí, tranquila.

Tras sentarse en el sofá con la pequeña para entretenerla, y escuchando cómo el matrimonio trajinaba a sus espaldas, Dani se dijo que si bien había estado decenas de veces en Londres, ya fuera por compromisos deportivos o para hacerle una visita relámpago a Mateo desde que retomaran a distancia su relación, nunca había viajado a la capital británica con semejante compañía y en semejantes circunstancias.

Obligándose a relajarse y, tal y como le había dicho Joan, pasarlo bien, se centró en la niña. No fue hasta que miró a sus grandes ojos celestes cuando se dio cuenta de las ganas que tenía de reencontrarse con el dueño de unos iris prácticamente idénticos a aquellos.

Las próximas horas se le iban a hacer amenas, pero a la vez eternas.



Como cada jueves al terminar la sesión de entrenamiento individual en el gimnasio, Mateo se dirigió a la clase intensiva de inglés que recibía semanalmente en las instalaciones del Westhound.

Quizás se debiera a que estaba realizando una temporada impecable, a que se encontraba en gran forma física o a que se había convertido en el pilar del equipo, pero lo cierto fue que su tutora notó que el delantero argentino resplandecía más de lo habitual.

—*Buenas tardes. ¿Qué tal?* —saludó el futbolista en inglés, poniendo en práctica el acento

que poco a poco había ido puliendo con ayuda de la profesora.

—*Bien, pero no tanto como tú a juzgar por lo que veo... ¿A qué se debe, si se puede saber?*

—preguntó ella.

Mateo sacó el libro de apoyo para las clases. Mirándola, replicó:

—*Mi familia está de camino. Pasarán la Nochebuena aquí y vendrán al partido del sábado.*

Ella asintió. Junto con la portuguesa, la Premier League era la única liga profesional de fútbol europea que no hacía un parón por Navidad, hasta el punto de que la jornada que se celebraba durante el Boxing Day, tal y como se denominaba en el Reino Unido al 26 de diciembre, era extremadamente popular.

—*¿Tu hermana, tu sobrina y tu cuñado, como la Navidad pasada?* —recordó la profesora.

Mateo asintió y agregó:

—*Y mi novio también.*

Ella esbozó otra sonrisa.

—*Aún no me creo que haya querido venir* —confesó el delantero—. *Si no fuera porque él no es de los que..., ¿cómo se dice...?* —dudó—, *ah, sí, gastan bromas, hubiera creído que me estaba tomando el pelo.*

—*¿Tenéis algún plan especial?* —se interesó la profesora.

—*Para cuando llegue a casa ellos ya deberían estar ahí. Dejé la cena preparada ayer, así que improvisaremos.*

—*A ver si no me pierdo la próxima velada que organices* —suspiró ella; las reuniones informales que Mateo celebraba con los compañeros del equipo que quisieran asistir se habían hecho famosas hasta fuera del vestuario.

—*Cuando quieras.*

—*Te tomo la palabra.*

Por espacio de hora y media repasaron gramática, ampliaron el repertorio de vocabulario y frases hechas del argentino y siguieron conversando. Normalmente las sesiones con Martha se le pasaban rápido, pero fue inevitable que no le echara un par de miradas discretas al reloj. Aún quedaban veinte minutos para acabar, pero su profesora fue benevolente:

—*¿Sabes qué? Si te vas ya haré la vista gorda, lo recuperaremos la próxima semana.*

Al oír aquello, a Mateo solo le faltó salir de ahí corriendo dejando el material didáctico atrás.

—*Esto me recordó a cuando era estudiante en Buenos Aires* —dijo, divertido, mientras metía el libro en la bolsa.

—*¿Te dejaban irte antes de tiempo?*

—*No. Más bien me moría por salir del aula. No te lo tomes a mal, me gustan tus clases, pero...*

—*Feliz Navidad* —le deseó ella en español a modo de despedida.

—*Feliz Navidad* —replicó, siendo por una vez él quien corregía la pronunciación.

Ya a bordo de su vehículo, arrancó, encendió la radio y puso rumbo al centro de Londres. Estaba tan habituado a conducir a la británica que se dejó llevar por la inercia, incluso cuando tuvo que tragarse los numerosos atascos que ralentizaban parte de la A3.

Para cuando llegó a Pimlico, el barrio en el que se encontraba su domicilio, estaba anocheciendo pese a que apenas pasaban de las cuatro de la tarde. La calle estaba sumida en un apacible silencio, y las fachadas de los edificios, todas idénticas y blancas, quedaban resaltadas por las suaves luces de las farolas y las de la decoración navideña que se apreciaba a través de los visillos de las ventanas. Una vez ante su casa, se quedó mirándola durante unos segundos; de

pronto recordó la mañana en que se encontró un grafiti «adornándola». Habían ocurrido tantas cosas desde entonces... No es que no siguiera recibiendo con más frecuencia de la deseada insultos y menosprecios, pero el hecho de vivir libremente su vida, sin ocultar ningún aspecto de esta, hacía que siempre encontrara fuerzas para ignorarlos y levantar la cabeza con más orgullo.

Qué importaban los intolerantes, los que hacían de la discriminación y la violencia su bandera, los que amenazaban y calumniaban. A todos los olvidó de un plumazo tras abrir la puerta que daba al amplio salón: allí, sentado en la alfombra junto a Marina con cara de no poder seguirle por mucho más el ritmo, se encontraba Dani. Sin embargo, fue su melliza la primera que se percató de su llegada:

—¡Mati! —exclamó con una taza humeante entre las manos y acomodada en el sofá.

—Justo a tiempo, iba a ponerme otro. ¿Quieres un té, *argento*? —preguntó Sergio.

—Sí, por favor —replicó Mateo, quien tras dejar la bolsa de deporte en el suelo ya se encontraba arrodillado para recibir el efusivo saludo de su sobrina. La estrechó con todas sus fuerzas, y aunque podría estar horas haciéndolo, se moría de ganas por tener entre los brazos a los demás presentes.

Con Marina encaramada a su cintura puso rumbo al sofá, en donde su hermana lo besó para a continuación hacerse con la niña.

—¿Recién llegaron? —se interesó el capitán del Westhound.

—Hará media hora, más o menos —replicó el del Juventud.

Dani se había incorporado, de forma que quedaron el uno ante el otro. Se miraron, y diciéndose sin mediar palabra lo mucho que había añorado el uno la presencia del otro, se abrazaron primero, se buscaron y encontraron sus labios después.

—Ey, que estamos en horario infantil —los reprendió Sergio con guasa. Tendiéndole la taza de Earl Gray recién servida, añadió—: Aquí tienes.

—Che, ya había olvidado lo bien que se siente que a uno lo cuiden al llegar a casa —se congratuló Mateo tras intercambiar otro beso en la mejilla con su cuñado.

—Es lo que tiene vivir solo... —insinuó Dani, que comprendía perfectamente a lo que se estaba refiriendo—. ¿Qué tal el día?

—Oh, charla técnica para el encuentro del sábado, entreno y clase. ¡Pero no más hablar de los equipos hoy! —Una vez estuvieron todos acomodados, dio un sorbo y soltó lo que había estado rumiando mientras conducía—: Este..., se me ocurrió algo, pero no sé si les parecerá muy loco.

—¿Qué será? —preguntó con intriga su melliza.

—Aún es pronto, así que... ¿por qué no vamos al Winter Wonderland?

—¿Al qué? —se extrañó Sergio.

—Una feria navideña en Hyde Park —explicó Mateo.

—¿Qué es *eria*? —le preguntó Marina a su madre.

—Un lugar muy grande lleno de cosas divertidas que hacer. ¡Mati, qué bárbaro! Dale, yo quiero ir.

—Esperad, esperad... —pidió Dani que echaran el freno, pues su mente tradujo la propuesta en un único concepto: gente; mucha gente—. ¿En Hyde Park?

—Ajá —asintió Mateo con una sonrisa traviesa.

Dani suspiró. Después del revuelo que había causado el que hicieran pública su relación había evitado en lo posible mostrarse en sociedad más allá de sus compromisos deportivos, si bien tampoco se había escondido en las ocasiones en que se había visto con Mateo allá en Londres, o cuando este había hecho lo propio en Madrid. Dos meses antes la prensa amarillista había

publicado una serie de fotos en las que ambos salían paseando juntos por los alrededores del barrio donde residía el argentino, y aunque para su disgusto daba por hecho que los teleobjetivos los seguirían dondequiera que fuesen, no era esto lo que le inquietaba, sino la gran aglomeración humana en la que pretendían meterse, con todo lo que ello podía acarrear.

—Dale, boludo, estarán todos pasándola rebién, no se van a fijar en quiénes somos —le restó peso Valentina.

—Y si nos reconocen, pues haces el paripé, foto y a volar —afirmó Sergio—. A mí me gusta el plan.

—¿Y el árbol? —preguntó de pronto Marina con su vocecita, señalando el enorme abeto artificial instalado en el salón.

—Luego lo decoramos, mi vida —respondió su tío—. Compraremos en la feria un nuevo adorno.

—¿Votos a favor? —dijo Sergio.

Cuatro manos se alzaron casi al unísono. Dani, sabiéndose en una encerrona, claudicó. Se moría de ganas por estar a solas con Mateo, y la tentación de proponer que el matrimonio se fuese al dichoso Wonderland con su hija mientras ellos terminaban de preparar la velada le ardía en la punta de la lengua, pero se la mordió. Así que levantó la mano también.

—¿A qué esperan para prepararse? —los alentó Mateo con alegría. Mientras se incorporaba para poner rumbo a su dormitorio y cambiar de vestimenta, se sacó el móvil del bolsillo de la sudadera que aún llevaba puesta—. Pediré un chofer para ir y volver.

—Te acompaño —no tardó en añadir Dani.

Empezó a subir las escaleras que conducían a la planta superior de la vivienda siguiendo a Mateo, quien ya estaba hablando por teléfono. Al ver que Sergio le hacía un gesto obscuro aprovechando que la niña no los estaba mirando, le respondió frunciendo el rostro, como pidiéndole que no le diera más la brasa. Bastante tenía con seguir aguantándose.

Aun así, en cuanto estuvieron a solas en el vestidor contiguo al dormitorio del delantero, no se contuvo por más.

—¿Qué tan duro será esperar unas horas tras tantas semanas distanciados? —ronroneó Mateo cuando sus bocas se hubieron separado entre estantes, cómodas y percheros.

—Júzgalo tú mismo —replicó el capitán del Juventud; la unión de sus pelvis evidenciaba el grado de excitación.

—Durísimo —jugeteó mordisqueándole el lóbulo de la oreja para a continuación separarse y dirigirse a donde estaban colgados los pantalones.

—La madre que te parió...

—Sabía que dirías eso —rio el argentino mientras elegía atuendo.

Resignado, Dani hizo lo mismo y buscó entre el ropaje que allí guardaba. Mientras se bajaba la cremallera, maldijo haberse puesto aquellos vaqueros, pues por lo ceñido de la tela la erección era de lo más molesta.

—¿Me dejarás vestirme? —preguntó el argentino.

—Preferiría que me desvistieras, pero tú mismo.

Mateo volvió a reír por el comentario. Poco después, el capitán del Juventud llevaba ropa de abrigo cómoda y moderna, una combinación de prendas propias y prestadas elegidas por el delantero del Westhound, quien le pasó una gruesa bufanda roja por encima de los hombros. Mientras se la colocaba alrededor del cuello, holgada para que pudiera ajustársela una vez estuvieran en el exterior, Mateo dijo, con cierta nostalgia:

—Es del mismo color que la camisa que llevaste aquella Navidad.

Dani se la quedó mirando. El cálido tejido era de un tono semejante al del vino. En efecto, al igual que la camisa que lució la noche previa al momento en que su vida cambió para siempre.

—Cuando salí del armario con mi madre y mi hermano —rememoró.

Mateo asintió y añadió:

—Y como aquella vez, hoy también te siento nervioso.

Dani le miró a los ojos, sabiéndose transparente para con él.

—¿En serio no te inquieta que salgamos a un evento público? —le preguntó.

El bonaerense le sostuvo la mirada; sus ojos proyectaban una convicción total.

—Obvio que sí me inquieta —confesó—, pero... ¿sabés qué?, hay cosas que por más que uno quiera, no se pueden evitar. Siempre habrá alguien allá fuera al que no le parezca bien lo que siento por vos, o que me odie por no querer esconderlo o por hacer trabajo en la fundación para que la sociedad cambie. Pero ese temor no va a impedir que la pasemos rebién.

—Ya, pero si se puede evitar un encontronazo, ¿para qué correr el riesgo?

Mateo se quedó pensando unos segundos, antes de contestar desde el corazón:

—Cuando era chico y veía en las películas las escenas de la Navidad, con los jardines helados, todos jugando con la nieve a lanzarla, a hacer muñecos..., me daba envidia, ¡con el calor que hacía en Buenos Aires! No comprendía cuando al protagonista los papás no le dejaban salir a la calle porque hacía mal tiempo... Pues así lo siento yo: estamos seguros acá en casa, pero hay mucho allá fuera por vivir. Así que salgamos y, cómo dicen acá los ingleses..., *let it snow*.

«Deja que nieve», tradujo Dani para sus adentros, y comprendió que Mateo llevaba razón: había cosas en el mundo que no podía controlar, pero aunque la amenaza flotase siempre en el horizonte, estaba decidido a no renunciar ni a un minuto a su lado.

—Anda, vamos, que nos estarán esperando. Conociendo a Sergio, seguro que dará por hecho que la tardanza es porque nos hemos dedicado a otras cosas.

—Che, para eso habrá que tener paciencia —rio.

—No, si a paciencia no me gana nadie, créeme.

Se dispusieron a bajar las escaleras y reencontrarse con los demás en la planta principal. Tendrían que seguir aguantándose las ganas. Solo un poco más.



Aquella Nochebuena prometía ser una de las más frías que experimentase Londres en los últimos años, pero el colorido y el mágico ambiente que reinaban en el parque contrarrestaban las bajas temperaturas.

Después de que el conductor los dejase en las proximidades de Hyde Park Corner, el grupo, ataviado con gruesos abrigos, bufandas y gorros de lana, se mezcló entre la gente que abarrotaba las principales avenidas de la feria. Sergio, portando a Marina sobre sus hombros para que disfrutase del espectáculo de las luces, pero también para que no se le perdiera entre la multitud, señalaba aquí y allá.

—*Capi*, hoy nos podemos pasar la dieta por el forro, ¿verdad?

—Haz lo que te dé la gana y que recaiga sobre tu conciencia —respondió.

—Cojonudo, porque yo quiero probar el vino caliente.

Valentina volvió a regañarle por no medir su vocabulario, pero se encontraba tan dichosa que

tampoco puso demasiado énfasis.

—Qué lindo lugar —afirmó, observando los puestos de artesanías navideñas.

—Nena, vamos a elegir juntos el adorno para el árbol —le propuso Mateo a su sobrina.

Sergio bajó a la niña al suelo y esta tiró de la mano de su tío en dirección a los puestillos. Dani se sintió cohibido al notar que, a su vez, Mateo le tomaba de la mano enguantada para que los siguiera, pero recordando la promesa que se había hecho a sí mismo de no volver a ocultarse, no rompió la unión; todo lo contrario: durante el tiempo que les llevó recorrer los puestos no se la soltó. Y mientras tío y sobrina se debatían entre un guardia real hecho de cristal esmaltado o una estrella de madera, admiró la sencillez y candor con las que Mateo se exponía, más allá de sus facetas públicas, al resto del mundo: él era así, ni más ni menos. Y a quien no le gustara, que mirase hacia otro lado.

Cuando se decidieron por la figurita del guardia, Dani se dio cuenta de que otros visitantes que estaban curioseando el mismo puesto los estaban observando, seguramente tras reconocerlos. Aunque ninguno se acercó para pedir un autógrafo, sí les estaban sacando fotos con los móviles. Mientras Mateo pagaba el importe, asió su mano con más fuerza.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó el leonés, esperando que no se le notaran las prisas por marcharse de aquella zona del recinto.

—Oh, en los comerciales que oí en la radio decían que hay una pista de hielo —recordó Mateo.

—Pero no podemos patinar, ¿verdad? —quiso saber Sergio.

—No, no podemos —respondió Dani, contundente. Por sus responsabilidades deportivas y contractuales, tenían prohibida cualquier actividad física que implicase un mínimo riesgo fuera de la competición—. Imagínate que tropiezas y te haces un esguince. O peor, que te rompes una pierna.

—Hay que ser muy torpe para romperte una pierna si vas despacio —se mofó Sergio—. ¿Pues sabes qué? Guárdame el secreto, anda, que quiero divertirme un rato con mis chicas.

Mateo hizo el gesto de cerrarse los labios como si tuviera una cremallera, y Dani trató de hacerle entrar en razón valiéndose de la ironía:

—Como quieras. Total, las posibilidades de que alguien os reconozca y suba un vídeo tuyo patinando a las redes sociales y que en el club se enteren son muy pocas.

Valentina le dio la razón al capitán del Juventud, pero su marido, terco como él solo y más que aficionado a ignorar las normas, no pasó por el aro:

—Habrás que correr el riesgo. —Tomando de nuevo a su hija para apearla, exclamó—: ¡A por los patines!

—¡Bieeeeeeeen!

Pusieron todos juntos rumbo al otro extremo de la feria. Mientras ellos se lanzaban a la pista, Dani y Mateo buscaron un sitio desde el que tuvieran buena visibilidad y se apoyaron en la valla, observando cómo la pareja sujetaba cada uno a su hija de una mano y la ayudaban a mantener el equilibrio sobre las hojas de metal. Avanzaban, al igual que las decenas de personas ahí congregadas, alrededor del kiosko de música por la helada superficie, siguiendo el ritmo de las canciones que sonaban por los altavoces.

El ruido de los patines, el frío intenso que le golpeaba el rostro en contraste con la cálida atmósfera, los aromas especiados que saturaban el aire; el uno pegado al otro, dándose calor... Deseando que sus padres y Álvaro no se lo tuvieran en cuenta, Dani se dijo que si bien no había hecho sino comenzar, aquella era la mejor celebración de Navidad que había tenido hasta la fecha.

Como si al acordarse de ellos hubiese puesto en evidencia la intimidad de sus pensamientos, sonó por megafonía la voz de un cantante al que conocía bien, debido a que año tras año, desde que tenía uso de razón, Esteban reproducía sus discos cuando estaban sentados a la mesa en Nochebuena.

—Debe de ser la venganza a distancia de mi padre por haber fallado este año a la cita — pensó en voz alta.

—¿Los extrañas mucho?

—Claro que los echo de menos, pero no tanto como te echaba de menos a ti.

Mateo esbozó una sonrisa y se quedaron mirándose. La escasa distancia que separaba sus rostros les quemaba, exigiendo que le pusieran fin. Sus labios se encontraron en un beso dulce y liviano, amparado en ese frágil anonimato que no sabían cuándo podría romperse. De pronto escucharon que alguien paraba en seco en la pista, provocando los patines sobre el hielo un chirrido molesto.

—*Son Vico y Dani de verdad, ¿te lo dije!* —exclamó una voz de marcado acento londinense.

La pareja, aún unida por el beso, poco a poco fue separándose. Al girar los rostros vieron que, a apenas un metro de ellos y desde la pista, dos chicos de unos doce o trece años de edad los observaban con los ojos abiertos como platos.

—*¿Nos podemos sacar un selfie con vosotros?* —preguntó el otro chico.

Ambos futbolistas intercambiaron una rápida mirada, como buscando la aprobación mutua.

—*Claro, venid* —los alentó Mateo.

Los fans se situaron entre ambos. Estaban ya posando los cuatro, preparados para que saltase el *flash* del móvil de uno de los chiquillos, cuando una señora de modos airados se plantó ante ellos.

—*¿Se puede saber qué estáis haciendo?*

—*Solo es una foto, mamá* —protestó el que los había reconocido.

—*Y les pedimos permiso antes* —agregó el otro.

Viendo que la mujer hacía ademán de devolver a sus hijos a la pista bruscamente, Mateo le restó peso al asunto:

—*No se preocupe, no es ninguna molestia.*

En lugar de ceder, esta lo miró fijamente con el ceño fruncido en una mueca de disgusto.

—*Debería darles vergüenza, haciendo... eso aquí, en frente de los niños* —les recriminó.

Dani se quedó de piedra. Que les estuviera echando en cara que sus retoños los hubieran visto besándose lo dejó primero descolocado, cabreado de verdad después.

—*A la que le debería dar vergüenza es a usted, que no ha pensado en el ejemplo que les está dando a sus hijos* —le soltó en su inglés correcto, aunque de fuerte acento español—. *Ellos se han acercado a nosotros como si fuera lo más normal del mundo.*

Mateo, asombrado no solo por la reacción del defensa, sino por ser aquella la primera vez que le oía hablar en el idioma local de forma tan espontánea, se sintió profundamente orgulloso de él.

—*Insistimos, no es molestia* —repitió con una sonrisa que terminó de desarmar los argumentos de la mujer.

Esta, con el rostro incluso más encendido por el bochorno, no impidió que los chavales se hicieran la dichosa foto y retomaran el patinaje entusiasmados.

—*Feliz Navidad* —le deseó Dani a la madre de estos.

La mujer hizo un gesto con la cabeza que pretendía indicar lo mismo, si bien por su gesto avinagrado se notaba que no le había hecho pizca de gracia. Cuando se hubo ido, Mateo comentó

la jugada:

—Pero boludo, ¿qué fue eso? —preguntó divertido.

—Será que Frank Sinatra me hizo recordar lo que dijiste antes de venir aquí —respondió Dani.

Fue entonces cuando el argentino se dio cuenta de que la canción que estaba sonando era, precisamente, la famosa versión que el intérprete hizo del clásico navideño *Let it snow! Let it snow! Let it snow!*

—Muy lindo y metafórico —rio Mateo.

—Todo lo lindo y metafórico que quieras, pero creo que ahora sí que deberíamos volver a casa —opinó Dani.

—Solo un par de vueltas más —replicó el delantero, quien saludó con efusividad a su sobrina cuando esta, Sergio y Valentina pasaron junto a ellos.

El par de vueltas se convirtió en seis o siete, y el regreso a casa se pospuso por tres horas. Más frío y bebidas calientes, atracciones diversas, alguna que otra petición de *selfie*. Pero, sobre todo, la magia de la improvisación; o cómo a partir de la arbitrariedad podía gestarse una aventura perfecta.



Rozaba la medianoche para cuando Dani y Mateo cerraron la puerta del dormitorio en la planta superior de la vivienda. Habían llegado todos tan hambrientos que dieron cuenta sin demasiada ceremonia del festín que el delantero había preparado, y en cuanto el árbol estuvo decorado y se acabó la ronda de videollamadas a Argentina y León, Marina cayó rendida. Así que una vez Sergio y Valentina se la llevaron al sótano de la casa —reconvertido en todo un piso para invitados— y colocaron los regalos, ellos dos no se demoraron por más.

—Che, la estaba pasando rebién, pero no veía el momento de que se fueran a dorm...

Mateo no pudo acabar la frase, pues los labios de Dani contra los suyos se lo impidieron. De un movimiento rápido y vigoroso el defensa lo arrinconó contra una de las paredes.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto... —le dijo al oído.

Mateo ahogó un gemido cuando sintió cómo aquella boca se colaba por debajo de la camiseta que aún llevaba puesta y recorría sus abdominales primero, descendiendo después hacia la abultada entrepierna. Dani la liberó de un par de tirones, dejándolo desnudo de cintura para abajo.

—Yo también... —jadeó— tenía ganas... de que lo hicieras... —replicó el delantero mientras la húmeda lengua que lo recorría le robaba el sentido.

Dani, arrodillado ante él, se deleitó con ese momento que había recreado en la soledad de sus fantasías durante el último periodo separados. La respiración de Mateo, su olor, cómo este le sujetaba de los cabellos para marcarle el ritmo... Escucharle gemir le excitaba incluso más, y supo que, al igual que el bonaerense, estaba al límite.

Se lo sacó de la boca para masturbarle lentamente mientras lo miraba a los ojos, a lo que Mateo reaccionó tomándolo de la nuca para que volviera a engullirle. Dani no se hizo de rogar e imprimió más ritmo al tiempo que le masajeaba los testículos, consiguiendo que, no mucho después y tras un último empellón, el sabor acre que tanto había añorado le inundara.

Se limpió los restos de semen de la comisura de los labios, y tras incorporarse se dejó llevar esta vez por Mateo, quien entre beso y beso lo condujo hasta la cama que presidía la amplia

alcoba. Terminaron de desvestirse el uno al otro, pero cuando el leonés ya estaba tumbado en el lecho a la espera de que se le uniese, Mateo se lo quedó mirando desde lo alto, aún de pie.

—¿Sabés? Santa dejó algo por adelantado para vos —dijo en tono juguetón.

—Pues dile a Santa que lo acepto si no tardas mucho en dármelo, que mira cómo me tienes...

Mateo rio y sacó de su mesa de noche lo que Dani no tardó en reconocer:

—¿Otro? —se extrañó, pues el obsequio era, ni más ni menos, que un consolador. De hecho, el mismo que Mateo le había regalado tiempo atrás.

—Es un nuevo modelo al que podemos sacar utilidad... —El argentino se recostó a su lado sujetando el aparato, y especificó—: Se puede controlar por remoto a través de un mando o una *app* en el celular.

Dani, con una erección más que notoria, no estaba lo que se decía demasiado predispuesto en esos momentos a recibir una clase teórica.

—¿Podemos ir al grano? —dijo, y su voz sonó a caballo entre la protesta y el ruego.

—Por supuesto... Me voy a divertir mucho con vos...

El capitán del Juventud se dejó hacer. A indicación de él se posicionó boca abajo contra la almohada con las piernas abiertas, encontrando el que Mateo le estuviera lubricando y dilatando de lo más placentero.

«Manda huevos...», se dijo para sus adentros al recordar la de años en los que se había negado a recibir, precisamente, ese tipo de atenciones.

—Creo que no entendiste a qué me referí antes cuando dije... —Mateo, tras untar de forma generosa el aparato con lubricante, empezó a penetrarle con él. Cuando estaba a punto de terminar de introducirlo, acabó la frase—: ... que se puede controlar con una *app*.

—¿Y para qué querría controlarlo con el móvil mientras estoy dándole al tema? —replicó Dani girando el rostro, aún en la postura.

—Es que no lo vas a controlar vos... —Mateo, tomando su propio teléfono, activó el aparato y concretó—: Lo haré yo. Aunque estés vos en Madrid y yo en Londres.

Dani jadeó al sentir que el consolador empezaba a vibrar y moverse dentro de él.

—Me pareció que sería buena idea para matar un poco la distancia... —añadió el argentino, quien de nuevo con una indicación lo hizo incorporarse sobre las rodillas—. Pero ahora bien cerca te quiero sentir.

Se situó ante él dándole la espalda, incorporado también sobre las rodillas, y giró el rostro para besarle. Dani le correspondió, y cuando notó que Mateo le estaba pasando el tubo del lubricante no se demoró en atender sus deseos. Le preparó y creyó que iba a perder la cabeza cuando a la punzante sensación de adentrarse en su cuerpo se le unió el aumento de la velocidad con la que, a su vez, el aparato le penetraba a él, pues el capitán del Westhound no había soltado el móvil.

Dani le agarró de las caderas para ayudarse y le mordisqueó el cuello, percibiendo cómo Mateo se estremecía con cada embestida. Cerró los ojos con fuerza e incrementó el ritmo, haciendo que el delantero tuviera que apoyarse en el cabecero de la cama.

Los jadeos y gemidos entrecortados de ambos, el sudor que les perlaba la piel; la sinfonía alborotada de sonidos, la mezcolanza visceral de sensaciones; la urgencia física del deseo acumulado... Simplemente, no pudo retenerlo más. De un último golpe de pelvis se rindió a un orgasmo intenso y extraño que le dejó el cuerpo laxo, completamente apoyado en el de Mateo.

—Páralo... —le pidió, pues empezaba a resultarle molesto.

El argentino, tratando de recobrar también el aliento, atinó a detener el aparato a través de la

aplicación. Una vez estuvieron tumbados el uno junto al otro en el lecho, Dani se quedó mirando el inesperado obsequio de Navidad que acababa de recibir.

—Deduzco que entonces..., ¿va en serio lo de que quieres que probemos el cibersexo? — dudó.

—Dale, ¿por qué no? Será divertido.

—Para ti todo es divertido... Además, ¿qué gracia tiene que solo tú puedas controlar el mío?

Mateo alzó una ceja, suspicaz.

—¿Y si Santa también dejó uno para mí y me pidió que te enseñase a configurar la *app* en tu celular?

—Supongo que entonces la cosa cambia... Joder, va a ser raro de cojones.

—Mañana te dejo probar a vos —añadió Mateo, tomándole de la mano para que lo acompañase al cuarto de baño contiguo—, pero para la segunda ronda mejor nos ceñimos a lo tradicional.

—Es de lejos la mejor ocurrencia que has tenido hoy —afirmó él sin oponer resistencia y llevándose, de paso, el lubricante.

Despojados ya de la necesidad del desfogue, se dedicaron todo el tiempo del que no habían dispuesto a lo largo del mes. En la intimidad de la ducha de mampostería hablaron, rieron y callaron al emplear los labios en darse más y más besos, los dedos a enjabonar y recorrer la anatomía del otro. A dejar volar la imaginación y el deseo hasta que se impuso el cansancio.

De vuelta en la cama y amparados por la oscuridad de la noche, se metieron bajo el grueso edredón nórdico sin otro abrigo que el calor de sus pieles desnudas. Abrazados y exhaustos, se dejaron mecer por el sopor mientras afuera seguía nevando sobre Londres.



Una tímida claridad se había apoderado de la alcoba para cuando Dani entreabrió los ojos. Llevaba un buen rato escuchando una serie de vibraciones cortas, pero hasta que dicho sonido no fue notoriamente constante, no reaccionó. Sobre él se erigía el techo abuhardillado, y el cristal del tragaluz se encontraba parcialmente cubierto por las capas de hielo que no se habían desprendido pese a la inclinación del tejado. Al verlo se arrebujó un poco más, aunque la calefacción mantenía la estancia a una temperatura agradable.

Tumbado de cara a él estaba Mateo, durmiendo tan plácida y profundamente como de costumbre. Mientras le retiraba los rubios mechones que se empeñaban en ocultar su hermoso rostro, Dani se dijo que nunca le había visto el pelo tan largo. Ni tan revuelto.

—Mateo... —lo llamó primero con voz suave. Como no respondía, insistió—: Mateo... Creo que te están llamando.

El argentino regresó pesadamente al mundo de los vivos, y con voz pastosa preguntó:

—¿Llamando quién?

—Yo qué sé... Tu móvil no deja de vibrar.

Mateo se incorporó y tomó el teléfono. En efecto, vio que tenía como cuatro llamadas perdidas y unos cuantos mensajes, todos ellos provenientes de la misma persona.

«Buenos días, ¡tu sobrina está deseando abrir los regalos y no la podemos contener más!»

—Es Tina. Ya despertaron.

—Supongo que deberíamos bajar, ¿no? Y en pijama, como si nos lo hubiéramos puesto anoche

en vez de ahora... —observó Dani.

—Exacto. —Mateo le tecleó un mensaje a su hermana. Al leer la respuesta de ella, se rio—: Che, dice Tina que no nos preocupemos, que desde el sótano no se «escuchó jugar a los renos de Santa».

Dani, al darse cuenta de que en plena vorágine carnal ni se planteó si los demás podrían oírles, se sintió un tanto apurado, pero no tanto como al ver que Mateo hacía además de empezar a prepararse, pues supo que ese era el momento.

Llevaba semanas planeándolo, y aunque en su mente sonaba a las mil maravillas, no había tenido en cuenta que, cuando se le presentase la ocasión, le asaltaría la duda, incluso un leve resquicio de pudor.

Pero tal y como ya había hecho en varias ocasiones a lo largo de aquel año que estaba a punto de acabar, y que tan determinante había sido para su vida, se despejó de esas dudas y se dijo que era ridículo sentir vergüenza cuando de un gesto de amor se trataba.

Básicamente, volvió a tirarse a la piscina de cabeza.

—Espera... —le pidió tomándole de la muñeca para que Mateo no saliera de la cama.

Aquellos iris celestes que tan bien conocía se quedaron clavados en los suyos, soñolientos y expectantes.

—¿Recuerdas aquella vez, cuando nos intercambiamos las analíticas de sangre...?

—Obvio que lo recuerdo, Daniel Alejandro.

El capitán del Juventud frunció el ceño, como recriminándole que hubiese sacado a colación lo de su segundo nombre, y volviendo al guion añadió:

—Resulta que Papá Noel también me dejó algo por adelantado para ti y quería dártelo ahora.

—Si es lo que pienso, el mister se enojará conmigo si no rindo en el encuentro de mañana por no dormir suficiente —observó Mateo con picardía.

—No, joder, no van por ahí los tiros —se impacientó Dani—. Además, el de los regalos porno eres tú, no yo.

Mateo hizo un breve repaso mental, y al cerciorarse de que llevaba razón, lo alentó a seguir.

—Aquel día —continuó el defensa— te dije que ese papel era lo más parecido a una alianza que podía darte, pero...

Dani rebuscó en el cajón de su mesa de noche. Acto seguido le mostró una cajita, lo primero que había sacado de la maleta nada más instalarse la tarde anterior, y lentamente la abrió al tiempo que añadía:

—... me he dado cuenta de que esas palabras ya no significan nada, porque ahora sí que puedo darte una de verdad.

Sobre el forro de terciopelo de la caja relucían dos anillos de plata, sencillos, anchos y sin adornos. Al verlos, Mateo se quedó sin habla. Como pasaban los segundos y no decía nada, todo el temple que Dani se había armado se fue resquebrajando, dando paso al nerviosismo:

—La tuya es esa. Se ponían en la izquierda, ¿verdad? Se me dan fatal estas cosas...

Mateo asintió, y tomó la otra alianza para colocársela en el anular.

—En algunos lugares es al revés, pero normalmente ahí significa que estás unido a otra persona, y cuando se está casado pasa a la derecha —explicó.

Dani tomó la alianza restante y se la puso a su vez.

—En la izquierda entonces —dijo, comprobando con alivio que el anillo encajaba.

Al mirarle a los ojos, vio que por el rostro del argentino rodaban las lágrimas.

—Daba por hecho que te ibas a poner sentimental... —suspiró.

Mateo le atrajo hacia sí para estrecharle con fuerza. Dani correspondió, y tras separarse lentamente convirtió los resquicios de duda que aún conservaba en una pregunta:

—¿Te gusta?

—Más de lo que podés imaginar —replicó con un beso en los labios.

Dani, aliviado, rompió la unión con fastidio al escuchar que el móvil de Mateo volvía a vibrar con insistencia.

—Será mejor que nos demos prisa.

Mateo se secó las mejillas y, esta vez sí, salió de entre las sábanas para vestirse. Dani le imitó, y mientras bajaban las escaleras enfundados en el kit completo de pijamas, batas y zapatillas a juego, le soltó lo que se había estado guardado todo aquel tiempo:

—Pues que sepas que ese anillo es la prueba fehaciente de que duermes como un cerdo —afirmó—. La última vez que te quedaste en mi casa te tomé las medidas de los dos anuales y ni te enteraste. Los tienes del mismo grosor, por cierto.

—Buen dato —replicó Mateo. Al llegar al salón y comprobar que los demás aún no habían subido por esperarlos a ellos, vociferó—: ¡Parece que Santa tuvo mucho trabajo anoche!

Al oír aquello Marina no tardó en aparecer seguida de sus padres. Mateo se sentó en el suelo junto al árbol, dispuesto a disfrutar de las reacciones de la chiquilla a cada paquete que iba abriendo. Dani estaba pensando en aprovechar el revuelo para poner en marcha la cafetera, pero Sergio lo disuadió de sus intenciones:

—Hostia, *capi*, ¿y ese brillo deslumbrante? —le preguntó tomándole del brazo sin delicadeza para ver la alianza de cerca.

Valentina, después de tener igual gesto, miró hacia su mellizo, quien con la niña en su regazo alzó la mano izquierda y movió el dedo en cuestión para lucir la suya.

—¿Y se las tienen que quitar cada vez que jueguen un encuentro? —se lamentó ella.

—Sí, por seguridad, no sea que por una contusión vayan a tener que amputarte el d... —fue a concretar Dani.

—Da igual —lo interrumpió Sergio—, seguro que la prensa no tardará en sacaros nuevas fotos de tortolitos. Así ahora cada vez que el argento celebre un gol como aquella vez en el Argentina - Chile, todo el mundo sabrá que te lo está dedicando a ti.

Que el madrileño hubiera hecho mención a ese momento ocurrido tantos años atrás dejó descolocado a Dani.

—Hay que ver qué memoria tienes para algunas cosas —reconoció este.

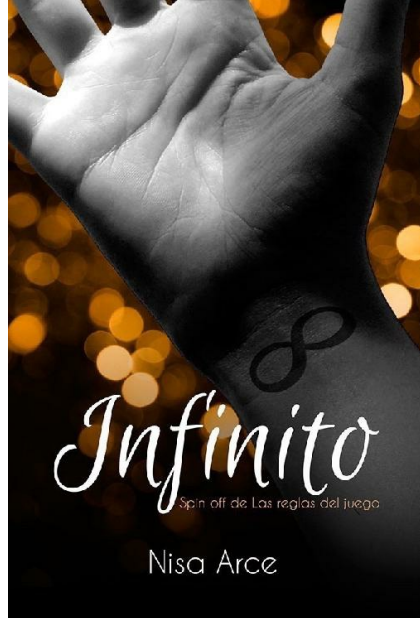
—Y para otras, ya ves, cabeza de chorlito —se cachondeó—. Será que inconscientemente me quedé con la copla cuando vimos los cuatro juntos el partido: nosotros comentando el golazo y tú más callado que una tumba.

Dani no tuvo más remedio que asentir. Poco después él también estuvo sentado sobre el cálido suelo de madera, pasando paquetes, abriendo otros tantos. Pensó en sus padres y en Álvaro, en Joan, Puig y Cris, y diciéndose que ya se encargaría de llamarlos a todos a lo largo de la mañana, se centró en saborear el momento. Mateo le miró en medio de aquella algarabía; nunca le había visto tan feliz.

Y le entregó otra de esas sonrisas que, para él, constituían todo un mundo.

✱ *Fin* ✱

La historia continúa en Infinito



Sinopsis:

Desde que tomase la decisión de marchar a Italia para dar los primeros pasos como futbolista profesional, Joan ha marcado en su cuerpo cada evento determinante en forma de tatuaje. Cuando decide empezar una nueva etapa tras el término de su carrera deportiva, conocerá a alguien que no sólo dejará huella en su piel, sino que le permitirá encontrar la respuesta a la pregunta que se ha estado haciendo durante toda la vida.

¡No te pierdas el spin-off de Las reglas del juego!

Sobre la autora

Nisa Arce (Las Palmas de Gran Canaria, 1982), Técnico Superior en Realización de Audiovisuales y Espectáculos, y Diplomada en Relaciones Laborales por la ULPGC, se aficionó a la lectura a una edad muy temprana, hecho que condicionó, años más tarde, su gusto por la escritura.

Sus comienzos con las letras fueron a través de diversos *fanfics*, hasta que en 2007 decidió centrarse en escribir obras originales. Es autora de las novelas *Pierrot*, *Doce campanadas*, *Wishbone* y la trilogía *Las reglas del juego*, así como de su *spin-off* *Infinito*. También ha escrito el cuento infantil *El mundo a mis pies* y la novela corta *Berlín*.

Para mantenerte al tanto de sus nuevas publicaciones, visita: www.Nisa-Arce.net

Deja que nieve

Un relato de *Las reglas del juego*



Nisa Arce